



La otra

POR MAGELA CABRERA ARIAS

Lara. Su abuela le había hecho un favor insistiendo en que le pusieran ese nombre. A ella le gustaba todo lo transparente, limpio, puro, en fin, ¡como su nombre! Se miró al espejo y empezó a maquillarse. Mientras esparcía lenta y cuidadosamente la base color miel sobre su piel pálida, intentó recordar con mayor precisión su sueño. ¿Había sido un sueño o es que de algún modo inexplicable alguien se comunicaba con ella? ¿De quién era esa voz que le resultó desconocida, pero a un tiempo familiar que la impulsaba a cambiarlo todo, a dudar de su naturaleza y a llegar hasta lo inconfesable?

¡Ah, las certidumbres humanas, ese escenario tan volátil e inconstante! -¡nunca cerrado ni definitivo! - pensó mientras se miraba al espejo-. Recordó su emoción cuando Rodrigo la contrató para interpretar a una compradora de falsificaciones de arte advirtiéndole que debía encubrir su identidad. Se soñó libre, sin

equipaje por los caminos y la noche larga; recordó sus juegos de niña colocándose los collares, ropas y pintalabios de su madre e imaginándose en mil personalidades distintas. Empezó a rizarse las pestañas, mientras repasaba ese deseo suyo, tan humano, recurrente en ella de cambiar de vida y ser efectivamente otra. Miró el reloj, buscó en el cajón el estuche de las lentillas color azul violeta, las extrajo e inició el ritual de colocárselas: primero en el ojo izquierdo, luego una pausa para mirar el resultado frente a su ojo derecho color castaño, ¡francamente desconcertante!, y luego en el ojo derecho.

Lo hacía siempre igual, le divertía al tiempo que la asustaba ver simultáneamente esas dos miradas tan diferentes. La pausa abría un mundo de dudas y contradicciones sobre su identidad cuyo saldo siempre lograba, de manera inexplicable, producirle una sensación de paz. Al fin y al cabo es bueno detenerse y pensar ¿quién soy verdaderamente?, ¿es esto lo que quiero hacer con mi vida?, ¿es que me conozco al menos?

Revisó el resultado de su trabajo, cerró el estuche de maquillaje y sin mucho entusias-

mo se colocó, finalmente, la peluca de cortos y negros cabellos sobre su rubia melena recogida. No entendía, y francamente la desconcertaba un poco, que sus amigas quedaran maravilladas ante su nuevo aspecto. Todos aquellos afeites lograban crear una mujer muy distinta a ella. Tanto era el cambio que casi perdía su personalidad apacible y dulce. Incluso su nombre, que tanto le gustaba, debía olvidarlo y llamarse Salomé. Pero no tenía alternativa, la transformación era necesaria por su propia seguridad. Nadie debía sospechar quién era realmente.

Al llegar al despacho, abrió la puerta y saludó con un tono jovial y despreocupado:

—Buen día, Rodrigo.

—Hola, Salomé, estaba a punto de llamarte.

—¡Rodrigo, qué te pasa! Sabes que no me gusta que me llames así fuera de los momentos estrictamente necesarios.

—Bueno, bueno, tranquila. Sólo bromeo. Así te ves tan distinta que a veces es difícil recordar quién eres verdaderamente. Necesitamos tomar unas fotos en la última entrevista que he arreglado para ti. Por cierto, quería felicitarte; aun a pesar de tu corta experiencia, tu trabajo ha sido excelente; ¡muy pocas habrían podido interpretar el papel tan certeramente como tú!, por favor, pídele a Carlos que prepare el equipo fotográfico y el auto, saldremos en quince minutos.

Clara quedó un poco turbada por el elogio, pero logró balbucear: “¡Gracias!, de acuerdo, estaré lista”. Esbozó una gran sonrisa que re-

flejaba su intensa alegría.

En el auto, ya de regreso de la larga jornada, repentinamente Rodrigo rompió el silencio y preguntó:

—Pero bueno, chica, ¿por qué te molesta tanto que bromeemos llamándote Salomé?

—Es que parece que todos se olvidan de mí, de Clara, la verdadera. Desde luego, te das cuenta de que no hay manera de eludir las diferencias que separan los respectivos temperamentos de ese personaje creado por ti, Salomé, y el mío. Ella simboliza,

—continuó Clara—, el carácter pragmático de lo absoluto, está orientada al éxito, es adaptable, apasionada y ambiciosa. Encarna fácilmente a quien no tiene reparos para comprar un Rembrandt falsificado y negociarlo como verdadero. En cambio yo soy más bien balanceada, tímida,

preocupada por los demás, de principios sólidos, reflexiono mucho sobre las realidades trascendentales y...

—Espera, espera Clara, —la atajó Rodrigo mientras reía sonoramente— ¿Acaso esas aparentes discrepancias en los temperamentos no pueden convivir en paz? A mí me parece que sí. Poco a poco has ido adoptando rasgos de su forma de hablar y de ser, cada día te pareces más a esa Salomé que interpretas tan bien, pero que simultáneamente rechazas. Si quieres oír la verdad, me gusta esa mezcla. Como yo lo veo, Salomé es el anverso de Clara, como la otra cara de la misma moneda



—Rodrigo volvió a reír aun con mayor gana.

Clara quiso responder, pero Carlos ya había detenido el auto frente al edificio donde ella vivía, y le recordó que era muy tarde.

Resignada a continuar la conversación el día siguiente, se despidió de Rodrigo con un beso. Caminó pensativa por el pasillo, sin mirarse en los espejos como solía hacerlo, y entró al ascensor. Como cada noche, luego de esos intensos seis meses de trabajo, cerró la puerta de su apartamento, y en la intimidad de su habitación, ansiosa por irse a la cama se desvistió rápidamente, e hizo además de quitarse la peluca. Dio un suave tirón, pero no lo logró, sorprendida, se miró al espejo para destrabar las cintas de la peluca, que pensó enredadas en su propio cabello, volvió a tirar, esta vez con más fuerza. ¡Fue inútil! pero estaba tan agotada que desistió.

Decidida a irse a la cama con peluca o sin ella, siguió con su rutina. Se untó crema en el rostro para limpiar la base color miel, y aliviada vio surgir poco a poco su piel blanquísima, que siempre la avergonzaba cuando en la playa todos lucían hermosos bronceados para ella imposibles de lograr. Sujetó el párpado superior de su ojo izquierdo e intentó quitarse las lentillas; un intenso y sorpresivo dolor la invadió al tocar la cornea con la yema de su índice. Giró los ojos buscando el borde de las lentillas; sin embargo, no lo encontró. En un segundo, pasó del estupor al nerviosismo —¿Quién era esa que la miraba desde el espejo con una pícara sonrisa y un guiño de ojos azul violeta?—, hasta aterrizar en el pánico cuando se oyó a sí misma decir: *Ahora sí llegaremos a lo que tú llamas inconfesable.*

MAGELA CABERA ARIAS. Arquitecta, escritora y fotógrafa. Profesora de la Universidad de Panamá y consultora independiente en temas de desarrollo. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2007 de la UTP, aparece con varios cuentos en el libro colectivo "Contar no es un juego" (2007).

3 poemas

POR BLANCA LUZ PULIDO

Lluvia

Llueve.

Una suave indiferencia
gotea desde el paisaje.

Los colores,
los recuerdos,
retroceden un paso en la distancia.

Lluvia total,
gran silenciadora,
inunda las ciudades
de un nuevo mar sin nombres,
sin cuerpos,
sin memoria.

BLANCA LUZ PULIDO. Poeta y traductora mexicana. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes de México. Estudió la Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas, Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 1974-1978. Mención Honorífica con la tesis "Aproximaciones al misterio en siete relatos de Felisberto Hernández". Maestría en Literatura Mexicana, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2005-2008.